



Aniversario: 150 años del Museo Botánico, 50 años compartidos... *

ANA ANTON

Fue Profesora de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, investigadora y Directora del Museo Botánico

Ingresé a la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en 1960. En diciembre de 1962, un sábado por la mañana, un día antes de Navidad rendía Genética, materia que se dictaba – como tantas– en los Museos, en este caso en el de Zoología. Cuando estaba sentada en el rellano de la escalera esperando que me llamaran, apareció el Ing. Armando. T. Hunziker –que toda su vida trabajó los sábados– y me preguntó qué estaba haciendo. En ese entonces éramos pocos alumnos y la gente se reconocía, así que le contesté que esperaba para rendir Genética. Con un “Ah bueno, que le vaya bien”, entró al Museo Botánico, recinto que yo conocía porque en el Salón II se dictaban las Botánicas Sistemáticas y que, en mi visión de entonces, se parecía a un santuario...

Después de las vacaciones volví a cruzarme con él, esta vez en uno de los pasillos de la Facultad y entonces me preguntó “¿Cómo le fue?”. Además de responderle que la nota fue buena, tomé coraje y dije que había cursado su materia, que me había gustado mucho y que por esa razón tenía interés en trabajar en el Museo. Sin embargo, el Ingeniero estaba por salir de viaje, de modo que acordamos que pasaría a verlo en un mes. Transcurrido ese tiempo, en una breve entrevista, se me aceptó como ayudante, por supuesto ad-honorem, allá por marzo de 1963, con la consigna de que Esther Gino me indicaría la tarea. Esther fue mi guía en ese tiempo en el que el Museo contaba con escaso personal técnico y una “mesa chica”, la de los Profesores, compuesta por Hunziker (alias “el Ingeniero”, o “ATH”), Alfredo Cocucci, Emil Di Fulvio y Rosa Subils. Podría decirse que los cuatro vivían ahí, pero Rosa era algo así como el alma mater, ya que por trabajar al lado de una especie de office donde los Profesores

** Relato a partir de una entrevista.*

CONVERSACIONES EN EL MUSEO

almorzaban y el Ingeniero tomaba el té de la tarde, era quien se ocupaba de todo, con enorme diligencia.

De inmediato empecé a trabajar en el Herbario donde estaban almacenadas las plantas que Fritz Kurtz había coleccionado en La Rioja. Contaba Esther –que se decía– que por un desborde de la Cañada se había inundado un sector de la Academia Nacional de Ciencias, justo donde estaban alojadas esas colecciones y el resultado fue que los paquetes se mancharon de barro. Mi primera tarea fue poner el material en condiciones, no sólo físicas sino también tratando de ordenarlo al menos por familia, ya que los ejemplares sólo tenían los datos de colección. Seguidamente tuve que ordenar la colección de Briófitas y Musgos de Hosseus –la que había acumulado tierra por años– dada la llegada inminente de nuevos ficheros.

Fue por esa época que tenía que rendir Sistemática II, dictada por Hunziker, cuyo perfil era severo y su exigencia extrema. Aunque estudié un montón, el día del examen el tribunal se atrasó y entre el susto y la espera, pues que me saqué un cuatro. Igual me dijo después Esther que “el Ingeniero” le había dicho que a pesar de la nota yo pintaba bien, así que no pasó a mayores. Con el tiempo solía contar esta anécdota, que empecé con un cuatro y terminé Profesora, a pesar de que Hunziker siempre me decía al oírla ¡Deje ya de contar eso, no le hace ningún favor!

No recuerdo bien cuánto tiempo transcurrió, tal vez un año, hasta que un día Hunziker me llamó para decirme que había obtenido un subsidio que permitía contratar personal. Y, según me dijo Esther, pasé a otra categoría, la de Ayudante de Investigación, por contrato y con



mayor dedicación; había que trabajar 45 horas de base cortando al medio día porque así se era más productivo. También se trabajaba los sábados de 9 a 13:00 h, porque ATH decía que los sábados también tenían oxígeno... Por entonces, el Museo era lúgubre, la luz tenue, los muebles crujían, hacía frío en invierno y en verano nos mataba el calor.

Defensa de Tesis de Ana Anton, junto a Armando Hunziker, Rosa Subils, Alfredo Cocucci y Emil Di Fulvio.

CONVERSACIONES EN EL MUSEO

En ese tiempo empezó mi carrera docente que duró algo así como 45 años –desde Ayudante Alumno a Profesora Plenaria, en la mayoría por concurso– carrera sólo interrumpida cuando me fui a Inglaterra con una beca externa a empezar la tesis, la que defendí en 1982. El graduarme fue un hito en mi vida, ya que ese mismo año ingresé a la CIC-CONICET, me designaron primero Profesora Asociada y luego pasé a Titular y cuando Hunziker decidió dejar la Dirección del IMBIV en 1996–, lo sucedí por concurso en la Dirección del Instituto. Unos años después, en 1999, Hunziker también dejó la Dirección del Museo y, siendo Titular de la Cátedra de Diversidad Vegetal, por afinidad temática, fui designada por Resolución del HCD en la Dirección del Museo. Qué legado, y qué compromiso no desilusionarle...

Volvamos al Museo... El subsidio al que Hunziker aludía era un Programa de Floras Regionales financiado por el INTA, cuyo propósito era estudiar distintas Floras y, entre ellas, la Flora del Centro de Argentina, ésta con sede en el Museo Botánico bajo la dirección de Armando Hunziker. En este marco aparecieron las Gramíneas en mi vida con las Andropogóneas, una tribu compleja que debería monografiar para la Flora; después siguieron las Paníceas y así sucesivamente, de modo que los pastos terminaron siendo el *leitmotive* de mi vida. Desde esos tiempos, creo que el principal interés de Hunziker –además de su devoción por las Solanáceas– era la florística, y le dedicó a la Flora del Centro empeño, ingenio y energía. Poco a poco se fueron incorporando otros actores. De esos años recuerdo varias personas, pero en especial a Marta Astegiano, quien llegó al Museo en condiciones similares: rindió Sistemática en 1963, también estaba aterrorizada y también se sacó una nota baja y –aunque se dijo “aquí nunca más vuelvo”– resultó que al tiempo ATH la citó para ofrecerle un contrato para trabajar en las Gramíneas de la Flora y, sin dudarle, aceptó, circunstancia que nos llevó a compartir para siempre el encanto por las Gramíneas y una larga amistad. En ese tiempo ATH era también Profesor en Agronomía y pronto Marta se incorporó a la Cátedra de Sistemática como auxiliar docente y –aunque desarrolló ahí una exitosa carrera–, su investigación la realizó en gran parte en el Museo, institución que dice guardar en su corazón. Creo que este es el sentimiento que el Museo ha generado a través de generaciones...

Por otro lado estaba Esther, cumpliendo múltiples funciones: actuaba como secretaria –ahora se diría ejecutiva– atendiendo la correspondencia, los subsidios y sus rendiciones, los trámites aduaneros, pasaba a máquina los manuscritos y también algunas de nuestras tesis y, en lo editorial, aportaba a la edición de *Kurtziana* y de *Lorentzia*, las dos publicaciones periódicas del Museo, haciéndose cargo de todo el trabajo que tal tarea implicaba, cuidando la calidad porque la calidad era una obsesión de ATH y debía quedar satisfecho. A la par, las colecciones crecían, se hacían intensas campañas de recolección en el área de la Flora y cada quien contribuía participando en los viajes, procesando ejemplares, proveyendo a los artistas el material para las láminas, escribiendo sus leyendas y también los manuscritos, manteniendo activa la biblioteca y la iconoteca, maravillosos legados.

CONVERSACIONES EN EL MUSEO

Aunque lamentablemente la Flora del Centro de Argentina no llegó a ser publicada, ese esfuerzo cristalizó en un importante acervo de conocimientos sobre la biología de las plantas de la región, el que más tarde y diversificado, tuvo otros destinos. Uno de ellos se gestó en 1990, cuando Hunziker convocó a colegas botánicos del país y algunos extranjeros para presentar al CONICET un proyecto florístico de largo alcance. El mismo fue aprobado como Programa Flora Argentina –PROFLORA– con Hunziker como Director y con sede en el Museo Botánico-IMBIV, proyecto que se mantuvo financiado hasta el año 2000. Así se logró consolidar las colecciones botánicas y bibliográficas, adquirir equipamiento, contratar personal técnico y financiar viajes de colección. Además, cuando la ANPCyT lanzó la primera convocatoria de los PICT, competimos con un proyecto que fue exitoso y estimulante ya que con los fondos otorgados se incorporaron al Programa jóvenes estudiantes y graduados que acreditan la autoría del tratamiento de varias familias. En fin, ésta es la síntesis de un gran esfuerzo que se concretó en publicaciones las que, en forma de fascículos, entre 1992 y 2008, cubrieron el tratamiento de casi un 25% de las Plantas Vasculares que crecen en el país.



En la casa de Alfredo Cocucci en el Durazno. Atrás: Luis Ariza Espinar, Elizabeth Hunziker, Alfredo Cocucci y Armando Hunziker. Adelante: Esther Gino, Emil Di Fulvio, Rosa Subils, Ana Anton, Gabriel Bernardello, José Luis Sércic, Nora Cocucci y Alicia Sércic.

CONVERSACIONES EN EL MUSEO

Luego del fallecimiento de Hunziker en el 2001, quedamos con Fernando Zuloaga a cargo de PROFLORA, pero los tiempos cambiaban en cuanto al interés que despertaban las colecciones biológicas. Buena oportunidad para conseguir financiamiento. En la búsqueda, Fernando redactó varios proyectos, entre ellos uno que fue exitoso y, a través del apoyo de la Mellon Foundation, el Proyecto *Flora Argentina - Plantas Vasculares de la República Argentina* se hizo realidad. En el año 2012 presentamos en una reunión internacional en el Real Jardín Botánico de Madrid los dos primeros tomos publicados de la Flora (Gramíneas) en el que ambos, junto a Zulma Rúgolo, fuimos editores. Y viene bien en este marco mi reconocimiento a Fernando Zuloaga, mi amigo y colega. Desde el punto de vista institucional, la asociación que se propuso desde el IBODA con el IMBIV potenció nuestras capacidades, sea en relación con la base Documenta Florae Australis©, o con la edición de los tomos de la Flora. También esta asociación logró apoyo institucional para que en los presupuestos de institutos de botánica se habilitara una partida especial destinada a las colecciones, lo que permitió el mantenimiento y actualización de la base de datos y otras acciones pertinentes que de otro modo no hubieran podido concretarse, como la adquisición de muebles compactos para el herbario y la colección de libros antiguos, la instalación de la cámara frigorífica para freezar los ejemplares, la compra de materiales, trampas para control de insectos, etc.

Pero para mantener la institución activa y productiva, varios ítems requerían particular atención. A fines de los '80, creo que el más preocupante era ver el deterioro que gradualmente sufrían las instalaciones, los techos del Museo se llovían, sobre todo donde estaban los muebles del herbario, el ambiente era muy húmedo y la sanidad de las colecciones peligraba y el único recurso disponible fue cubrir los muebles con telas plásticas. Y la solución no llegaba, no había fondos y la cuestión patrimonial era compleja, en cuanto a qué institución le competía el mantenimiento del edificio. En ese tiempo yo integraba el Directorio del CONICOR y, en ese marco, se anunció que Raúl Matera –Secretario de Ciencia y Técnica de la Nación– visitaría Córdoba para una reunión del Consejo Federal de Ciencia y Técnica, el que sería en Punilla. Matera hizo saber su interés en visitar el CONICOR y también algunos institutos, por lo que debíamos preparar una agenda. Y en eso estábamos en el Directorio cuando me ofrecieron incluir al IMBIV en el recorrido, a lo que me negué por considerar que no sería bueno mostrar algo en situación tan deplorable. Entonces Jorge Pérez, Presidente del Consejo, con su extraordinaria capacidad ejecutiva, me dice “pero justo por eso, que vaya y lo vea, quien te dice no sea para bien...”

Y así fue... Como tenía que acompañar la comitiva a Punilla dejé en manos de Hunziker la cuestión de la visita. Supe por Esther que todos en su sitio, trabajando y silenciosos se pasaron el día; pasaban las horas esperando al Secretario, pero Matera no llegaba. Casi anochece y se dio por hecho que la entrevista había fracasado. Entonces se relajaron, se sacaron el saco, se

CONVERSACIONES EN EL MUSEO

pusieron cómodos y decidieron tomar un té y partir. Cuando ya estaban prontos, llegó Matora al Museo, se conmovió con el estado desastroso del edificio y el peligro que corrían las colecciones y le preguntó a Hunziker cuánto dinero se necesitaba para solucionar el problema. La respuesta fue por un monto mucho menor del que yo hubiera pedido, ya que desde entonces tenía la idea de construir para el IMBIV un edificio en la Ciudad Universitaria, pero eso tuvo que esperar... De toda forma ese financiamiento alcanzó para ampliar las instalaciones hacia la terraza, habilitando oficinas, cocina y baño, lo cual permitió restituir los espacios originales al Museo para su uso específico, el Herbario y la Biblioteca. Pero la visita de Matora tuvo otra consecuencia, el conocer a ATH, quien sin duda debe haberle impresionado favorablemente ya que poco después lo invitó a formar parte del Directorio de CONICET, cargo que ocupó entre 1991 y 1994.

La posibilidad de generar espacio físico fue un camino de ida que transitamos, ya que poco después –con fondos especiales de ciencia y técnica– pudimos acondicionar un invernáculo abandonado que estaba en la terraza –hoy demolido– pero que alojó por un buen tiempo investigadores y becarios que hacían uso de las colecciones. Y a renglón seguido, cuando la Escuela de Geología se trasladó a la Ciudad Universitaria, conseguimos que la Facultad nos cediera uno de los espacios liberados, también en la terraza. Acondicionarlo para las nuevas funciones no era tarea fácil, pero conseguidos los fondos, Planeamiento de la UNC hizo los planos y Didí Goyeneche, la arquitecta, ingresó para siempre en mi vida. Allí se instalaron los laboratorios de microscopía, anatomía y de biología molecular y oficinas para investigadores, becarios y técnicos.

Pero al Museo le faltaba algo: Salas de Exhibición ya que –a diferencia de los otros Museos de la Casa–, no disponía de espacio físico para la instalación de las muestras. Quienes disfrutaban ahora de ellas, tal vez no imaginan el esfuerzo colectivo –de personas e instituciones– que intervinieron para hacer realidad una utopía. Al comienzo, la tarea asumida por la ANC implicó la demolición de los entresijos para devolver, al menos parcialmente, el diseño original de una parte del edificio y así se recuperaron los salones con instalaciones adecuadas. En paralelo, desde el IMBIV, la misión sería lograr superficies alternativas para trasladar al personal que cumplía sus funciones en la zona demolida, pero también conseguir fondos para adaptar los espacios liberados, adquirir equipamiento y diseñar una exhibición. Recuerdo en particular subsidios que otorgaron varias agencias para un proyecto que, debido al ingenio de Alejandra Romanutti se tituló *“Libros y documentos antiguos del Museo Botánico de Córdoba: acciones para su rescate y exhibición”*. Es posible imaginar, por el título, cuál fue el destino de esos fondos y cuán gratificante fue para el “team” del Museo ejecutarlos, ya que como resultado se logró instalar la primera muestra, “Las plantas y la gente”. Fue un logro colectivo y gracias a él, se sentaron las bases para sucesivas exhibiciones.

CONVERSACIONES EN EL MUSEO



1. Remodelaciones. 2. Muebles compactos. 3-4. Inauguración de la exposición “Las plantas y la gente”. Gustavo Bertone, Luis Ariza Espinar, Martina Vaz Torres, Beatriz Pombo, Alejandra Romanutti y Ana Anton. 5. Ana Anton junto a Renée Fortunato y Jimena Ponce en un viaje de campo. Fotos 1-4: J. Rueda. Foto 5: G. Bertone.

Por último, otro compromiso ineludible siempre fue la conservación de las colecciones. Los responsables de centros con colecciones biológicas a cargo teníamos un interés común, la obtención de recursos, pero la oportunidad no aparecía, y no llegó hasta que se crearon los Sistemas Nacionales gestados por el MINCyT. El primero fue el de Microscopía y el segundo, en el 2009, el de Datos Biológicos (SNDB). Sin duda este último vino a satisfacer una demanda largamente sostenida. Una vez creado el SNDB, el MINCyT convocó a distintas instituciones a nominar los miembros que integrarían el primer Consejo Asesor y algunos directores de institutos donde existían colecciones fuimos propuestos por el CONICET para integrar el Consejo. Se habilitaron subsidios para digitalizar las colecciones y ya que la convocatoria era a ventanilla abierta, tuvimos tiempo con Luis Ariza y Gloria Barboza para diseñar un proyecto que resultó exitoso –y a la fecha actualizado, creo aún está en vigencia– lo que permitió intensificar la digitalización de las colecciones.

Casi al mismo tiempo, la Fundación Mellon desarrolló un propósito llamado al inicio LAPI (Latin America Plant Initiative) y luego a nivel global GPI (Global Plant Initiative), cuyo propósito sería digitalizar colecciones, en este caso, de tipos nomenclaturales. Como la presentación se hacía desde el Museo Botánico, la UNC sería la Unidad Beneficiaria y por ello se debía acreditar su creación. No alcanzó con que alegara que la Universidad tenía más de 400 años,

CONVERSACIONES EN EL MUSEO

así que no tuve más remedio que conseguir copias del Breve Apostólico del Papa Gregorio XV (de 1621) y también de la Real Cédula con la ratificación de Felipe IV, de 1622. Esto sí fue una epopeya, pero al lograrlo, descubrí que sólo tenía que pedir los documentos en el Archivo... Así fue que el Museo obtuvo fondos importantes en el periodo 2009-2011 y es por esto que los ejemplares del herbario del Museo Botánico (CORD) figuran en el sitio Global Plants - JSTOR. Acá va un homenaje a Luis Ariza Espinar, quien revisó y certificó el material original y también a los técnicos del Museo que se pusieron al hombro la tarea.

Vale decir que todas las historias que conté no competen sólo al Museo Botánico, porque una gestión de tantos años y en simultáneo –14 años en el Museo y 15 en el IMBIV– no pueden ser escindidas. Siempre me pareció favorable que las direcciones del IMBIV y del Museo trabajaran en sintonía, más allá de las direcciones, porque valorizo al Museo como el núcleo que gestó al IMBIV. Estoy convencida que ambos forman parte del legado que nos dejara “el Ingeniero”, misión que considero hemos seguido “a rajatabla” –término que él utilizaba con frecuencia– o sea, sin apartarse en lo más mínimo de los sueños, junto quien fuera mi sostén y compañía en esos años, la insuperable Gloria “Estela” Barboza. Y en lo institucional, un reconocimiento a quienes en esos 15 años me acompañaron en la Vice-Dirección el IMBIV y también a quienes conformaron los Consejos Directivos. Creo que aprendimos juntos, nos potenciamos, también nos gratificamos cuando algo salía bien y hasta creo que lo pasábamos bien enfrentando desafíos, al menos así lo recuerdo yo...

Finalmente, cuando casi en simultáneo allá por 2011-12, Andrea Cocucci asumió la Dirección del IMBIV y Gabriel Bernardello la propia del Museo, decidí dejar mi oficina en el Museo y trasladarme a la Ciudad Universitaria, donde trabajaba y aún trabaja el grupo temático del que formaba y formo parte. No voy a decir que no me costó el tránsito de desprenderme del Museo, lo del IMBIV fue más fácil. Pero pareciera que estoy llamada a enfrentar desafíos y justo cuando me llegó la jubilación en el 2012, apareció otro: la propuesta de CONICET para formar parte de un Programa de radicación de investigadores para la creación de Centros de Investigaciones y Transferencias. Sin pensarlo demasiado, di el sí y por otros seis años más estuve a cargo de la Dirección de otra Unidad Divisional, el CIT-Santiago del Estero.

Creo que ahora ha llegado el momento de despedirme de la gestión y reactivar aquellos proyectos que por falta de tiempo no atendí como hubiese querido. Tengo algunos, todos interesantes, pero como es de imaginar, el principal es el vinculado con la Flora Argentina. Creo a ATH le gustaría que me dedique más a esto que a la gestión...

En fin, he tenido una activa carrera científica y también de gestión, pero estoy segura de que el logro más importante de mi vida es poder contar con orgullo que tengo dos hijas y un nieto maravilloso. Muchas gracias!